

jo, una imagen de la Virgen, algunos li-

## SEGUNDA PARTE.

### EL BIENESTAR EN LA FAMILIA.

*¿Qué cosa es el bienestar?*

55. ¡Bienestar! qué palabra tan deliciosa; no tiene necesidad de ser explicada para ser comprendida; aun puede ser más fácil comprenderla que explicarla.

Estar bien, es no sufrir, es descansar, es gozar: triple aspiración de nuestro corazón, que no es posible sin duda realizar enteramente en esta vida, pero que sí es permitido tratar de conseguir en los límites impuestos por el deber.

Así, pues, no se está bien sino allí donde la Providencia divina nos ha colocado, en esa morada más ó menos extensa que el buen Dios da á cada uno.

¡Oh! si se supiera amar esa morada, cuántas faltas, cuántos remordimientos, cuántos fastidios se ahorrarían!

ta en ocultar que está en oposición con

Pero para amarla es necesario no dejarla despojada de todo atractivo y de frescura; no amariamos á la naturaleza, si los árboles no nos ofreciesen más que ramas áridas.

Es necesario que nos agrade, que el corazón se sienta allí más solazado que en otra parte, que el espíritu encuentre allí placer, que los mismos sentidos no encuentren allí nada que los impresione de una manera desfavorable; en una palabra, es necesario embellecerla.

*En qué consiste el embellecimiento de nuestra morada y de quién depende.*

56. Hay un embellecimiento que depende del buen carácter de aquellos que forman la familia, de su humor dulce y alegre, y de su fortaleza para soportar las pequeñas miserias de la vida en común. De esto no tenemos que ocuparnos directamente por ahora; haremos sólo notar que el embellecimiento de que hablamos, depende más de lo que se su-

jo, una imagen de la Virgen, algunos li-

pone, de la habilidad de la mujer que Dios ha colocado en la familia.

“Desde el momento en que una mujer pasa el umbral de una casa, dice un moralista, viene á ser como el alma de ella.”

Si no se hace todo por ella, al menos ella inspira y lo dirige todo.

Ella podrá ocultarse, disimular su autoridad; pero no suprimirá su influencia.

Ella irrita ó consuela, sostiene ó desalienta. Dicha ó desgracia, alegría ó tristeza, todo viene de ella.

Dios la ha puesto cerca del hombre para tranquilizarlo, para endulzar sus amarguras, para suavizar lo que hay de áspero en su vida, de cruel en sus penas, de malo en la irritación de su humor.

A su sonrisa las miradas se calman, y la cólera se apacigua.

Ella tiene palabras encantadoras y entonaciones de voz que cautivan el corazón.

Ella manda con habilidad y prudencia, sin herir una idea reprimida, la bate en brecha lentamente. Todo su arte consis-

te en ocultar que está en oposición con aquel á quien quiere conducir á lo que desea.

¡Oh jóvenes, si queréis ser virtuosas, cuántas almas llevaréis al cielo!

*División de esta segunda parte.*

57. Además de este embellecimiento que tiende á la virtud, hay otro del todo exterior que contribuye mucho al bienestar; depende en general del orden que, estudiado prácticamente, encierra:

1º La ornamentación de la casa;

2º El arreglo del material de la casa;

3º La ciencia de los detalles;

4º Las recreaciones.

Dejamos á un lado las consideraciones generales sobre el orden, su utilidad, su influencia, que tratamos en el libro de las *Pequeñas virtudes de la joven*.

## CAPITULO PRIMERO.

*Ornamentación de la casa.*

## I.

## ELECCIÓN DE LOS MUEBLES.

58. La ornamentación de la casa consiste, 1º, en la elección de los muebles.

Los muebles son necesarios, y el primer deber de una ama de casa debe ser examinar los que tiene y procurarse poco á poco los que le faltan.

Limitaos á lo necesario: todo gasto inútil ó exagerado representa un capital que no produce nada y disminuye los recursos de la familia.

El buen sentido, de acuerdo con el buen gusto, aconseja elegir muebles útiles más bien que elegantes, cómodos más bien que suntuosos, durables más bien que preciosos, y que en fin, no hagan entre sí una cosa ridícula; unas cortinas de seda, por ejemplo, con cajas sencillas, de madera

corriente, muestran un falso lujo que se resiente de miseria.

No tratéis de tener muebles como los que habéis visto en casa de una de vuestras amigas más rica que vos tal vez, ni de poseer un mueblaje completo por el estilo de la época del Renacimiento ó del tiempo de Luis XV. Esto no es permitido sino á grandes fortunas y á personas vanidosas.

No es ridículo el ser pobre, pero sí lo es y mucho, querer aparecer rico no siéndolo.

Dejad á la coquetería á quien el mundo lisonjea, para tener derecho á burlarse de ella, dejadle la vanidad de aparecer y la pueril satisfacción de oír estas palabras: ¡Qué magníficos muebles!

Os admiraríais si supieseis con cuántas miserias positivas, con cuántos dolores punzantes y tormentos físicos ha pagado ese lujo.

Entre cierta gente la costumbre y el parecer son lo necesario; el aposento de familia y los alimentos son lo superfluo, y á esto superfluo es á quien se le cerceja.

na con violencia, todos los días, de una manera increíble.

¿Qué sucede, pues? Sin tener en cuenta la vida miserable, mortificada, toda de mal humor que llevan esos seres vanidosos, si ellos logran su intento de engañar á las gentes, son envidiados; si no lo consiguen son deshonrados y despreciados.

Yo os creo con demasiado buen sentir para aspirar á esto.

La magnificencia del mueblaje no es condenable, cuando la fortuna lo permite, supuesto que así se proporciona el pan á una multitud de obreros; pero no se debe buscar inmediatamente, y esa ostentación de lujo humilla y aleja á las amigas á quienes una elegante sencillez atraería á vuestra casa.

Se siente mortificación en medio de la profusión, y parece que rodeada de suntuosos muebles una persona no puede ser sino orgullosa.

Preferid, pues, lo que es cómodo y necesario, al principio, después lo que es elegante.

LOS MUEBLES ANTIGUOS.

59. Dichosas las personas que no tienen que preocuparse por el mueblaje de su casa, y que encuentran en ella aquellos muebles antiguos de la familia que son un recuerdo á la vez que ornamento de la casa.

Aquel sillón en el cual hemos visto tantas veces y por tan largo tiempo, sentarse á nuestro padre y á nuestra madre muy queridos; aquel ropero que aún contiene la ropa que ellos nos han legado; aquel tapete sobre el cual, cuando niños, tantas veces tuvimos nuestros ratos de holgorio! ¡Oh! conservémoslos!

Es una especie de sacrilegio el venderlos ó relegarlos en un oscuro rincón.

La mansión que se despoja de los recuerdos, muy pronto estará también vacía de virtudes.

Guardemos nuestros viejos muebles para el descanso del cuerpo, como á nuestros antiguos amigos para el solaz del corazón. Los nuevos son más brillantes

na con violencia todos los días de una

tal vez, pero son ciertamente menos sólidos.

Si nuestra posición lo exige, tengamos un salón para los otros, amueblado según el gusto de los visitantes; conservemos nuestra casa para nosotros y no lancemos de ella á los viejos testigos de nuestros primeros años.

## II.

### LIMPIEZA.

60. La ornamentación de la casa consiste, 2º, en la limpieza en todo y por todo, para los objetos principalmente que se unen más á nuestra persona, el alimento, la ropa.

No sólo la salud depende de la limpieza, sino, no lo olvidemos, la actividad, el buen humor, la satisfacción interior, y aun bajo cierto respecto, la moralidad depende también de ella.

En las casas sin limpieza, habita de preferencia la pereza, el fastidio, el descontento de todo y de todos.

Los muebles limpios y lucientes atraen los rayos del sol y parecen multiplicarlo al reflejarlo.

Los aposentos limpios y bien arreglados con cuidado, reflejan una alma contenta, irradian la alegría y parecen decir: Permaneced, aquí se está bien.

Una mujer es desde luego juzgada por la manera de tener su habitación. "Yo conocí una persona, dice Madama Campan, que para fijar su opinión sobre las mujeres de su conocimiento, siempre que se hallaba sola en casa de ellas, no dejaba de levantar los cojines de los canapés. Si encontraba allí un festón comenzado y sin concluir, un pañuelo, una cinta, decía: "Estoy en casa de una mujer descuidada, sin orden y sin limpieza."

La elegancia y el lujo no pueden existir sin la limpieza, mientras que la limpieza que, como lo decimos en otra parte, (*Pequeñas virtudes de la joven*), "mantiene la salud, da más frescura al color de la tez, conserva los vestidos," puede es-

na con violencia todos los días de una

tar perfectamente sin los ruinosos recursos de la coquetería.

CONSEJOS PRÁCTICOS PARA EL ASEO DE LA CASA.

61. He aquí algunos consejos prácticos dados por un hombre de buen sentir, á una joven al entrar ésta en el gobierno de su casa.

“Ocúpate del interior de tu habitación; vela por que las piedras de la cocina, los pisos de los aposentos, y los patios sean barridos varias veces en el día y lavadas muchas veces por semana.

“Procura con empeño que el hierro, el bronce y el cobre reluzcan siempre y los muebles tambien; que la bajilla de barro ó de porcelana espejee en el trastero ó aparador.

“No permitas á la araña hilar en paz su tela en los ángulos de las vigas y de las paredes.

“No dejes el aceite de las lámparas gotear y arranciarse sobre la cubierta de la chimenea ó de las mesas.

“Después de los consejos, los medios. “Harás relucir el cobre, el hierro y otros metales, frotándolos con un puñado de hojas de acedera, ó con arena finísima, ó con greda.

“Harás relucir la plata, aun cuando esté ennegrecida por el contacto con el huevo, frotándola tambien con acedera y con agua de jabón.

“Harás relucir el caballete de la chimenea, la sartén y otros utensilios, frotándolos primero con una cebolla cruda, después con un pedazo de género de lana.

“Darás una especie de barniz á tus muebles, por viejos que sean, con cera amarilla derretida en agua de lejía y frotarás vigorosamente.

“Se te dirá tal vez: ¿Para qué perder el tiempo y darse tanta pena en esas bagatelas? Dejarás que digan y continuarás.

Nada es más atractivo que una cocina donde *el cobre está cambiado en oro y el estaño en plata*, por las órdenes de una ama activa y diligente.

La cocina, dice una mujer de mundo,

es el espejo de la casa. Entrad allí para juzgar. Paredes sucias por la multitud de moscas, ó ennegrecidas por el humo. Ventanas sin bastidores durante el estío, los utensilios diseminados y en desorden por todas partes, el suelo desigual y húmedo, cenizas y desperdicios amontonados en un rincón, todo esto indica el desorden, el despilfarro y hace presentir frecuentes momentos de mal humor.

Concluyamos: en la limpieza es donde puede permitirse la exageración; lo bastante en este caso es muy poco.

Pero la limpieza habitual exige una fuerza de voluntad y una constancia poco ordinarias.

Las almas cobardes y débiles no son propias para el caso.

### III.

#### CONVENIENCIA EN LOS VESTIDOS.

62. La ornamentación de la casa consiste, 3º, en la conveniencia de los vesti-

dos que deben ser, no sólo aseados, sino en relación con la fortuna y con la edad.

No queremos fijarnos en la última palabra que parece importarnos poco á estas horas; cierto es, sin embargo, que un gran número de mujeres se hacen muy ridículas, queriendo persuadir á todo el mundo por su compostura y su modo de ponerse, fuera de tiempo, que siempre tienen veinte años, y nada más que veinte años.

¿No os acordáis de las sonrisas malignas, de las palabrillas cambiadas con vuestras compañeras, á la vista de un vestido ó adornos color de rosa ó amarillo pálido, dibujando con afectación un talle comprimido, por parecer esbelto, bajo los resortes de un corsé demasiado visible, y sobre él un rostro cuyas arrugas á despecho del abundante polvo blanco, atestiguaban los largos años de su servicio?

Se reirán de vosotras también; no siempre tendréis diez y ocho años, y un día vendrá en que llegaréis á.....

Procurad siempre tener vuestra edad, hijas mías.

No queremos ocuparnos directamente del tocador; pero si quisiéramos bien persuadirlos, de que además de ese tocador de por fuera en el que os adornáis para agradar, hay tambien otro tocador y otros adornos interiores, de los que deberíais siempre estar cuidadosas para hacerlos amar de vuestra familia.

Para esto el buen gusto y el afecto bastan siempre.

Poneos de manera que podáis presentaros ante los extraños, sin tener que ruborizaros de vuestra negligencia. ¿No será ridículo que una mujer se vea obligada á huir y ocultarse luego que percibe que llegan visitas?

Un vestido limpio sencillo, pero de buen gusto, sobre el que se muestre un delantal de cocina, no es vergüenza, sino una recomendación.

Por lo demás, nada hace perder á los inferiores el respeto que nos deben, como un traje despreciable que parece igualarnos á ellos.

Aun en medio del trabajo entre las

Que vea algunas flores sobre su chime-

obreras, el ama de la casa debe ser distinguida, como es de costumbre.

No sólo debe ser la que mejor sepa llevar un vestido, sino tambien debe saber ensuciarlo menos.

Debe tambien acostumbrarse á mudarse vestido, si fuere necesario, varias veces al día, con bastante actividad, para que no se aperciban de su ausencia.

Una mujer que tiene el sentimiento del buen gusto y de las conveniencias, improvisa fácilmente un traje siempre elegante y en relación con aquellos á quienes tiene que recibir; y no es de ella de quien podría decirse: Su día está compuesto de tres acciones, vestirse, charlar y desnudarse.